

Juego de hermanas

Natalia Ruiz Tovar

Es muy extraño saber que el primer accidente que tuvo tu hermana se relaciona con una secuencia de hechos muy inocentes pero riesgosos, en donde tuviste mucho que ver. Es así como de una forma u otra te sientes culpable y piensas que todo se podría haber evitado.

Hace alrededor de diez años mi hermana tenía seis años y yo siete y medio. En aquella época lo único que pensábamos era disfrutar, explorar y desafiar al mundo que nos daba miles de sorpresas diarias.

Un día, como era la costumbre, estábamos jugando en la sala y se me ocurrió decirle que para ganar el helado que tenía en mis manos debía comportarse como un perrito.

Nuestro perro se tomó el juego muy en serio y al ver el comportamiento extraño y desafiante de mi hermana, respondió como cualquier animal que se siente amenazado, es decir, atacó de inmediato.

El hecho fue traumático para mi familia y aunque el perro únicamente alcanzó a rozarle la piel de la mejilla derecha con uno de sus colmillos, salió gran cantidad de sangre por la herida. Mi hermana quedó en shock y cuando se dio cuenta de lo que había pasado, empezó a llorar desconsolada. Cuando mi mamá la vio en ese estado, comenzó a gritar y buscó inmediatamente el teléfono de nuestra pediatra desde hacía más de cinco años, la cual, además de tranquilizarla le recomendó un cirujano plástico reconstructivo y le dijo que fuera inmediatamente a urgencias.

Luego de escuchar las indicaciones de la doctora salimos lo más rápido posible hacia la clínica; en el transcurso del camino mi mamá trataba de tranquilizarse y habló con mi papá y mi hermano, mientras que mi hermana y yo tratábamos de pensar en que nada iba a pasar y que conservaríamos a nuestro perro.

Al llegar al hospital, el cirujano recomendado nos atendió muy bien y le explicó a mi madre el procedimiento que iba a realizar. Le dijo que tenía que ser rápido para no dejar una cicatriz notoria. Y que se tranquilizara porque él iba a hacer todo lo posible por ayudar a mi hermana.

Mi madre no podía mirar y casi se desmaya; sin embargo, mi hermana le pidió un espejo al cirujano pues ella quería ver lo que el hombre iba a hacer con su cara. El doctor le prestó el espejo y con una sonrisa le indicaba lo que hacía por medio de un lenguaje que ella encontraba divertido y extraño.

La herida comprometió la epidermis y la dermis, entonces, luego de la pequeña cirugía, el doctor le recetó gran cantidad de cremas que tuvo que aplicarse por más de un año; además, le prohibió practicar deportes temporalmente, por algunos meses.

La situación afligió a mi hermana pues a pesar de que ningún compañero en el colegio se burlaba de ella, al principio recibía miradas extrañas hacia el parche que le habían puesto, como si la gente se preguntara qué le había ocurrido a esa pequeña.

Cabe resaltar que gracias a las recomendaciones y el buen trabajo del cirujano plástico actualmente mi hermana no tiene cicatriz; aunque cada vez que miro su mejilla derecha, trato de buscar algún rastro de aquel incidente.

Esta experiencia me marcó desde muy pequeña porque pude entender la labor de un buen médico que hizo todo lo posible por ayudar a mi hermana, tratándonos con cariño, paciencia y mucho respeto.

Logró devolvernos la tranquilidad en una situación de fragilidad e incertidumbre.